

# La última canción

Terciopelo Azul

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 5° semestre

Primero, las erupciones masivas. Los 452 volcanes de lo que se denominó como *El Anillo de Fuego* hicieron erupción de manera inexplicable. No cayó un meteorito, ni se formó una nueva Pangea. Mientras 15 países sucumbían a la lava volcánica, los científicos aún buscaban una explicación para el suceso. ¿Qué había causado la actividad simultánea de *El Anillo de Fuego*?

Miles de personas murieron y muchas más buscaron la manera de huir del desastre masivo. Las carreteras estaban atestadas de conductores padres de familia y comerciantes que se negaban a abandonar su mercancía aun en un escenario tan apocalíptico, tocaban incesantemente los cláxones de sus autos y gritaban todo tipo de obscenidades a los de adelante y los de adelante a los de más adelante, y los de más adelante al personal de la guardia nacional y el ejército, que tenían bloqueadas las casetas interestatales.

—¡Déjanos pasar cabrón!

—Le voy a pedir que mantenga la calma, señor.

—¿Mantener la calma? ¡Pendejo!, ¿No estás viendo el volcán allá atrás?

Y era cierto, aunque la explosión más fuerte ya había pasado, el magma seguía descendiendo en una danza lenta pero continua, acabando con todo a su paso. El soldado también tenía miedo, quería irse de ahí, y encontrar a su madre en Puebla, pero aún en las situaciones más difíciles tenía que mantener la compostura.

¿Irse? ¿A dónde? Si todos los volcanes erupcionaron a la vez, no habría zonas seguras, pero dejar a los civiles ser alcanzados por una muerte tan tortuosa como esa no era algo que él contempló hacer cuando se enlistó.

La muerte lo alcanzaría primero, antes que las consecuencias. Y los dejó pasar. Los cláxones chillaron más y más, y los chirridos de llantas se unieron a la sinfonía; pero con ese rayo de salvación, la gente

PIROCROMIO

7  
#34 APOCALIPSIS

enloqueció. Pisó hasta el fondo el acelerador, y la colisión de autos más adelante bloqueó la carretera nuevamente. Conductores desesperados bajaban del camino y conducían por los costados de la carretera bloqueada. Algunos se incorporaban, pero unos más seguían por el camino sin asfalto.

Después, los terremotos.

No fue en todo el mundo, pero fue casi inmediatamente después de las explosiones. Las placas tectónicas decidieron que ellas también chocarían entre sí sin razón aparente. Todas las ciudades se sacudieron, y los edificios que no cayeron, quedaron a niveles desiguales. Se abrían grietas en la tierra, se tragaban un buzón del correo, un auto, y escuché decir que por donde pasa la falla de San Andrés, varios edificios sucumbieron entre la tierra abierta. Todos los godínez que buscaban el sustento para sus hijos en las “elementary schools”, simplemente se esfumaron por esa grieta.

Incluso el chófer inmigrante, que llevaba quince años trabajando en Estados Unidos para mandarle dinero a su familia en México. Escuchaba la radio con las noticias al momento: los volcanes erupcionaron. Su casa estaba cerca de uno; llamó y llamó al número de su mujer, y al de sus chiquillos (que ya usaban celulares contra su voluntad) pero nadie respondió. Agarró el rosario colgado en el espejo retrovisor y se puso a rezar. Condujo más rápido, intentando llegar a la frontera. Qué importaba no volver a tierras americanas, ni el cargamento que tenía que entregar dentro de dos días; quería ver a su familia.

Pero cuando conducía por la carretera de Santa Clarita en California, la falla de San Andrés se lo tragó. No quedó más, ni una llamada, no más que un grito desesperado. Solo el eco de la última avemaría que salió de su boca.

Y ni hablar de las costas. La temporada navideña albergaba a miles de turistas en las costas de México, que sucumbieron ante las olas masivas. Hablamos de familias completas, que aparentemente no les interesó mirar las noticias ese día mientras desayunaban. Aunque lo hubieran hecho, se trataba de olas que devoraron ciudades costeras completas en cuestión de minutos. ¿Qué quedaba, más que un flotador Arcoíris reventado, flotando en la superficie del agua arrasadora?

Las redes de comunicación y los sistemas de electricidad cayeron, si no es que todos, la mayoría. No había manera de saber qué estaba pasando; y el pánico no hacía más que incrementar. Todo parecía perdido.

Y así, tan de repente como inició, se terminó. Los volcanes se apagaron de nuevo, la tierra se quedó quieta, las olas amainaron en un vaivén como harían cualquier día de verano.

¿Y qué se podría reconstruir en una tierra partida a la mitad? Mandatarios políticos aparentemente buscaban una solución viable para la población que había sobrevivido. Pero sobrevino un nuevo problema: con los volcanes apagados, los gases volcánicos y la ceniza comenzó a elevarse.

Imagina las cenizas de 452 volcanes masivos. Respirar se volvió un problema. Los sobrevivientes comenzaban a enfermar: sus pulmones estaban tapados de ceniza, como si hubieran fumado todos los cigarros de los aparadores de todos los centros comerciales del estado en un día. Algunos otros perdieron la vista

¿Y qué agua potable iba a haber? Los terremotos reventaron la mayoría (si no es que todas) las tuberías y el sistema de drenaje de las ciudades. Pero el asfixiante olor a mierda era el menor de los problemas.

Sin agua, los campos de sembradíos que sobrevivieron a los terremotos, se perdieron. Ahora estábamos en una lucha contra el tiempo. Lo que quedaba de alimento era lo que había sobrevivido a la catástrofe, en las pequeñas tiendas de conveniencia y supermercados abandonados. El pánico hizo que las personas, lejos de unirse para sobrevivir conjuntamente, se comenzaran a atacar unas a otras. Mataban por un paquete de galletas de animalitos, esas que luego todos rechazaban. ¿Por qué elegir galletas de animalitos si puedes elegir galletas de chispas de chocolate?

Con las cenizas cubriendo el globo, los rayos del sol se filtraban débilmente. Cuando antes, los rayos solares te hubieran requemado el cuerpo mientras vendías paquetitos de pistaches en las avenidas, hoy apenas lo alcanzabas a ver. Parecía que siempre eran las 7 de la noche, cuando el sol empieza a bajar, y cuando verdaderamente era de noche, la oscuridad era tanta que te hacía dudar de si te habías quedado ciego. Con la poca luz solar, las temperaturas bajaron hasta los 10°C en lugares templados y calurosos, y hasta los 50° en las regiones montañosas y frías. Ya no podías prender tu aire acondicionado, porque ya no tenías electricidad.

Yo me había ido de intercambio a Columbia Británica en mi penúltimo año de universidad. Las clases habían terminado y sería la primera vez que no pasaría navidad con mi familia, pues no podía costearme dos boletos de avión, por lo que tenía unas seis semanas para

recorrer los territorios canadienses antes de iniciar el semestre. Había decidido ir a la montaña Silverthorne, y tomé camino un día antes de que comenzaran las catástrofes globales.

Extrañaba a mi familia, y mi mamá siempre me enviaba fotos de mi gato esperando que volviera, siempre echado en la cama pulcramente tendida, y videos de mi papá y mis hermanos sacudiendo las extremidades en lo que parecía un intento de natación, en las costas de Manzanillo, en Colima.

Cuando escuché la radio analógica, me di cuenta que ya no había una casa a dónde volver. Llamadas (muchas) que se iban directo al buzón de voz me quitaron las esperanzas de ver a mi familia. No había manera.

En Columbia Británica sí hubo terremotos, y los tsunamis alcanzaron las ciudades costeras, pero la actividad volcánica era casi nula.

No podía respirar bien, hacía días en que había bebido una gota de agua, y lo último que me quedaba era un paquetito de galletas saladas. El frío era tal, que apenas con todas las chamarras que tenía podía calentarme algo. Mi mamá fue la que me obligó a llevar tantos abrigos, siempre temiendo por mi bienestar y por el clima en Canadá.

¿Qué me quedaba? Una familia perdida y una muerte casi segura. No me juzgarás por querer aferrarme a lo último que me quedaba en un mundo al borde de la extinción: si iba a morir, al menos iba a cumplir mi fantasía infantil: esquiar en una montaña.

Cuando empezaron los terremotos, la gente que estaba vacacionando como yo, también se movilizaron, los camiones volverían a las ciudades en busca de refugios seguros. Yo me quedé.

Al final ¿a dónde volvería?

Tomé el equipo de esquí: unos guantes negros, dos bastones puntiagudos, visor y casco blancos, las botas de esquí moradas del aparcador, con todo y la etiqueta, y los esquís.

Eché a mi mochila lo que quedaba de alimento en la máquina expendedora (si salíamos de esa, pagaría por el cristal roto y las galletas ultra procesadas que había consumido los últimos días). Luego tomé rumbo a la cima de la montaña.

El frío me entumía, aun bajo todas las capas de ropa que llevaba puesta. Cada tanto tenía que limpiar el visor, que se llenaba de cenizas. Sentía el aire más pesado y me arrepentía de haber salido, pero no había vuelta atrás.

Me tomó todas mis energías subir hasta la cima; me senté y abrí las galletitas. Mis piernas flaqueaban, y ni de chiste podría sostenerme para bajar esquiando.

El horizonte, antes blanco y azul, ahora era gris y marrón. La nieve me helaba y adormecía las extremidades. Era mi fin. Sentí que mis orejas se taparon, hablé, pero mi voz era apenas un eco. Me acosté en la nieve, en la cima de la montaña y miré al cielo. No supe si la voz salía de mi garganta o sólo se reproducía en mi mente, pero creo que comencé a cantar.

*And now the end is near  
And so I face the final curtain  
My friend, I'll say it clear  
I'll state my case of which I'm certain  
I've lived a life that's full  
I travelled each and every highway  
And more, much more than this  
I did it my way*

Así, en medio de mi ensoñación, la tierra se sacudió de nuevo. Y la cima de la montaña Silverthorne me tragó.

*For what is a man, what has he got?  
If not himself, then he has naught  
To say the things he truly feels  
And not the words of one who kneels  
The record shows I took the blows  
And did it my way*

PIROCROMIO



#34 APOCALIPSIS